

CRONICAS DE LA OTRA ASTURIAS

LOS TRES "ABUELOS" DEL PUEBLO SUMAN 256 AÑOS

- ☆ Manuel Alvarez (90 años) sigue podando viñas como en sus mejores tiempos
- ☆ Antonio Alvarez vivió varios años como emigrante en Argentina
- ☆ Manuel Oliveros es el campeón de brisca de La Coba

Texto y fotos: Manuel ALVAREZ VAZQUEZ

ENTRE los adultos están los abuelos del pueblo. Son tres hombres que pasan de los ochenta años y uno llega a los noventa años. Manuel Álvarez Alvarez, a sus 90 años, es un viejo tranquilo, de voz pausada, que pierde la poca mirada que le queda observando el fuego que se consume a sus pies; con las manos enlazadas, la boina hacia atrás y el botón superior de la camisa abrochado, es un hombre sencillo de una época pasada.

Tiene mucho mundo en sus ojos, mucho trabajo en sus manos, mucho tiempo en su cuerpo y mucho saber en su rostro, pero conserva el ánimo de vivir y trabajar.

Sentado cerca del fuego, discute y habla de todo con su lógica. Echa leña al fuego; a su lado dormita un gato que entrecierra los ojos.

Nació en la casa en que vive en la actualidad, en el año 1883, y pasó su infancia y su juventud junto a sus padres, trabajando en la casa como pastor de ovejas y cabras.

A los 16 años fue a Bilbao a trabajar, con pico y pala, y allí estuvo 8 años. Regresó en barco hasta Navia, donde continuó su viaje a pie hasta Vegadeo, con la maleta y el paraguas al hombro, en cinco horas. En Vegadeo tomó una gaseosa, que costaba tres perrines, y continuó su caminar hacia casa. Cuando llegó a su casa no lo reconocían y al principio no lo aceptaban como hijo suyo, pero al final un tío suyo le ayudó y se quedó en su casa.

Después de pasar unos años por aquí, soltero, se casó con una mujer del Couso de la Trapa (Lugo); tenía 26 años. Vinieron a vivir a La Coba, en la misma casa donde vive ahora, y aquí pasó más de 50 felices años en compañía de Concepción. Tuvieron 13 hijos; 4 murieron de pequeños.

Por aquellos días tenía dos vacas, trabajaba todo lo que podía y ganaban poco, pero vivían.

Después, fue comerciante de huevos, lacones y «pitos». Todos los sábados iba hasta Vegadeo y traía carga de cacharros de cocina, jabón y otras muchas cosas; lo hacía con un burro y andando los treinta kilómetros que distan. Luego aparecieron los autobuses de línea y empezó a ir en ellos. Dejó esta labor cuando la guerra.

Ahoran pesan los años, pero aún se le puede ver podando las viñas, con su sombrero de paja, sus tijeras y doblado.

Es una persona que lee todo lo que puede y que cae en sus manos; opina de muy diversos temas.

—¿Le gusta el mundo actual?

—Nunca el mundo estuvo tan bien como ahora.

—¿Cree que el hombre llegó a la Luna?

—No lo sé, ellos dicen que sí.

—¿Qué es lo que más le gustaría tener?

—Salud y, luego, dinero.

—¿A qué causa se debe vivir tantos años?

—El llevar una vida muy arrastrada y que se robusteció el cuerpo.

—¿A dónde le gustaría viajar?

—A Bilbao, parece que está desconocido y le tengo cariño; al barrio la Peña, el puente San Antón...

—¿Cuál fue el momento más feliz de su vida?

—Cuando estuve paseándome por la plaza del Arenal, una plaza quitada a la ría, que cuando sube la marea la cubre; allí cogía angulas con una luz, como cebo, y con un cedazo, cuando era uno joven.

Acurrucado ante el fuego del suelo, con los ojos perdidos en las llamas, la voz pausada, manos tranquilas; es un hombre sencillo que calza zapatillas y lleva pantalón de pana y dos chaquetas, una de lana y otra de tela. Tiene el pelo blanco.

EMIGRANTE EN ARGENTINA

Antonio Alvarez Vallador tiene 84 años, es un viejo activo, trabaja en todo, cuida las vacas, trae leña, poda las cepas y todas las otras cosas del campo.

Está sentado y habla con normalidad, lleva un zamarro de cuero, una boina tirada hacia atrás, luce un pequeño bigote a lo Charlot y tiene manos curtidas, llenas de arrugas y de trabajo realizado.

Nació en la misma casa en que ahora vive, de pequeño también fue pastor de ovejas y cabras. Una vez estaban juntas las ovejas de los pueblos de La Coba y Villarquille y para separarlas echó el perro para que corriera a las ovejas de Villarquille y éstas salieron arreado hacia arriba por Trasmonte y las otras hacia abajo. Al día siguiente iba con otro vecino cuidando el rebaño y les vinieron a esperar unos diez muchachos del otro pueblo. Cuando los vieron intentaron escapar, pero estaban rodeados por los otros y sólo les quedaba enfrentarse, de modo que caminaron hacia ellos, al juntarse trataron de quitarle el palo, pero él no se lo dejaba arrebatar a menos que el otro le diese el que tenía, y se los cambiaron, quedando cada uno con el palo del otro. Luego intentaron luchar contra el otro muchacho, y Antonio al ver que se iban sobre su compañero comenzó a sacudir palos; el que le cambió la vara se la devolvió y se desentendió de la pelea, con lo que quedó libre, pues a éste era al que le tenía miedo, quedando él como el más fuerte. Salió corriendo detrás de los otros que escaparon cada uno por un lado, siguiendo a dos que corrían más y, como no los podía alcanzar, les tiraba el palo, pero al llegar a una cuesta comenzaron a tirarle piedras, con lo que acabó la persecución. Había bastantes peleas de jóvenes por aquellos días.

Cuando creció, trabajó en su casa, en la agricultura, como ahora. En las fincas que labran, como son muy pendientes, al arar, la tierra cae rodando por el prado y tienen que subirla en cestos hasta la parte superior, esto lo hacían en todos los prados cada año. El estiércol también es transportado a hombros desde la cuadra hasta el prado.

A los 18 años marchó para la Argentina. Desembarcó en Buenos Aires y se colocó en un «tambo» (granja ganadera) en la que había 70 vacas que ordeñar todos los días. En este oficio era donde se colocaba mucha gente, a pesar de ser el peor que hay, pues tenían que estar todo el día 4 ó 5 hombres ordeñando para acabar el trabajo.

Una vez, trabajando como lacero y derribador de ganado para marcarlo, le tocó coger un novillo por el rabo y, mientras los otros enlazaban, tiró de él para inmovilizar al animal, pero tuvo una gran sorpresa al verse con el rabo del animal suelto en las manos. Se lo había arrancado de tirar tan fuerte...



También cuidaba ovejas, a caballo y con un perro, recorriendo el campo todos los días, reparando cercas, recogiendo animales heridos o muertos, etcétera. En uno de estos recorridos vio un zorro y lo siguió a caballo hasta cansarlo, pero el animal se le metió en una cueva, donde no lo podía coger con la mano, de modo que tapó la entrada para que no escapase, mientras iba a casa a por una pala para llegar hasta él. De regreso amplió la entrada de la cueva y le pudo echar mano, cogiéndolo por una pata, que amarró y tiró con el caballo, así lo llevó a rastro hasta la casa.

En el año 1915 volvió a España y trabajó en la casa de La Coba, durante más de un año, pero volvió a marchar para Turón con la idea de embarcar para Argentina. Salió a pie de La Coba y llegó hasta Tineo, donde tomó un coche de mulas, en el que viajó toda la noche, para llegar a Grado y continuar en tren hasta Soto de Rey y luego a Turón, donde se encontró con que tenía trabajo y se quedó de ayudante de caminero en la vía de la mina, con el grupo San Víctor. Debido a las huelgas, volvió al pueblo y se quedó para siempre en su caserío.

Años después se casó con Carmen Gómez García, en la capilla de Vallás. Tuvo dos hijos; uno es guardia civil en Grado y el otro trabaja aquí en la casa.

A pesar de sus 84 años es joven de espíritu, cuenta chistes y es un gran juerguista. Todavía le gusta andar a caballo. Es un gran jinete.

—¿Qué es lo que más le gusta del mundo actual?

—La televisión, porque en ella se ven cosas nunca vistas, parece imposible. Vi la llegada a la Luna...

—¿Cuál fue el momento más feliz de su vida?

—Cuando una vez nos reunimos toda la familia en la fiesta de los Remedios de Villarquille.

—¿Qué es lo que le gustaría tener?

—Más juventud para tener más fuerza.

—¿A dónde le gustaría viajar?

—A Buenos Aires, nuevamente.

CAMPEON DE BRISCA

Manuel Oliveros San Pedro tiene 82 años, es una persona animosa y con salud, pero está afectado de una sordera progresiva. Lleva una boina calada, que le hace destacar sus ojos azules y alegres, viste pantalón vaquero y chaqueta de paño con chaleco, el botón superior de la camisa abrochado y luce siempre una sonrisa en sus labios.

Nació en San Pelayo (San Martín de Oscos) en el año 1889. Vivió con sus padres hasta que a los 23 años fue sorteado en quintas y marchó en 1914 para África, donde estuvo 3 años. Le gusta mucho hablar de sus andanzas por aquellas tierras lejanas.

Me cuenta que estuvo en los cuarteles de Nador, Cabrerizo, y otros, pero lo que más le gusta decir es que sirvió en el batallón Talavera, primera compañía, número 18. Estuvo en tres combates en el frente. En uno de estos combates los dieron por muertos a él y a un cabo, pero después al contar la compañía había gente de más, eran ellos que estaban vivos; ambos fueron propuestos para una medalla, pero no la reclamó.

Los aviones andaban sobre ellos para defenderlos, aunque los vio pocas veces; los moros decían: «Pájaro español está cagando por nosotros», cuando les tiraban bombas y tiros.

Cuando estaban en el cuartel de Cabrerizas vio fusilar a dos soldados por vender fusiles y municiones a los moros y otro fue indultado por loco; «triste cosa era ver aquello» dice.

Fue licenciado en 1917, continuando su trabajo en San Pelayo; se casó y quedó viudo a causa del «año de la gripe» (1919). Luego marchó para Lamas, en la provincia de Lugo, donde trabajó como criado en la casa de Magadán, durante 5 años. Después vivió en la Allonca y por fin vino a La Coba en 1926; por aquel tiempo era un pueblo con más de 150 habitantes. Trabajó en «casa Mon», se casó en 1927 con Josefa Mon y tuvieron una hija, que ahora es quien lo cuida. Por aquellos tiempos tenían dos vacas.

Cuando los años de guerra, el valle no se enteró. Sólo los jóvenes marchaban llamados a filas, pero aquí no pasó nada. En alguna ocasión aparecían pidiendo alimentos para los soldados, pero todo fue tranquilo.

Continuó trabajando hasta la actualidad. Quedó viudo en 1963.

El día para él es tranquilo y apacible, pero de trabajo. Se levanta hacia las 10 y va a recoger un haz de «toxos», para la cama del ganado. Después de comer va a linder las vacas hasta las 6 ó las 7 de la tarde, se pasea y mira cómo pacen y también llev un hoz para cortar algunas plantas que servirán. Después de traer las vacas y meterlas en la «corte» (cuadra) va para la cocina y se sienta junto al fuego. Antes de cenar jugamos una partida a la brisca que es lo que más le gusta, y en la que es considerado como el más entendido del pueblo. Cuando vienen curas a decir misa, siempre les juega una partida, ganando por lo general.

Su diálogo es una mezcla de asturiano, castellano y gallego. Bautizó las cuatro vacas que ahora hay en la casa: «Galana», «Ratina», «Morena» y «Cordera». Lo que más le gustaba era segar hierba y «mayar» (desgranar centeno y el trigo a palos).

—¿Qué es lo que le gustaría tener?

—Eso es según lo que vieses uno. Si viera una casa buena, guapa y barata, eso; pero no quiero nada.

—¿Qué le gusta más la luz eléctrica o la de butano?

—La luz eléctrica me gusta y ésta también me gusta; antes alumbrábamos con candiles, luego dieron en traer éstas de butano hace dos años.

—¿Le gusta leer los periódicos?

—Si supiera leer bien, si me gustaría, pues leyendo el periódico se aprenden muchas cosas de las que no hay por aquí.

—¿Cuál fue el momento más feliz de su vida?

—El más feliz? No sé, cuando era pequeño estaba en casa con mis padres y nunca me pegaron; cuando me mandaban una cosa la hacía, me gustaba trabajar. Donde quiera que estaba, siempre estaba contento.

